

falible en la interpretacion de las Escrituras. Asi es que el Salvador del mundo, al abandonar la tierra, prometió á los primeros pastores, en persona de los Apóstoles, permanecer con ellos hasta la consumacion de los siglos: *Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem saeculi* (Math. 28, 20). Si Jesucristo permanece constantemente en la corporacion de los primeros Pastores, es porque la asiste continuamente con su Espíritu Santo, y esta asistencia es para la enseñanza de los pueblos: *Euntes, docete omnes gentes.... et ecce ego vobiscum sum*, etc. Y como la parte principal de la enseñanza pública es la interpretacion de las Santas Escrituras, esta interpretacion debe hacerse de un modo infalible, pues sin esto la enseñanza no seria digna del Espíritu Santo, ni conveniente á los fieles. Parece que todo esto está fundado en ideas sencillas, cuanto mas y se profundiza en ellas, tanta mas razon y hasta necesidad se encuentra en toda la armonia de semejante gobierno.

Si además de esto se consulta ahora la práctica de la Iglesia desde el nacimiento del cristianismo, se verá que constantemente se ha considerado esta como órgano infalible del Espíritu Santo principalmente en lo que concierne á las Escrituras. En virtud de esta autoridad ha condenado tantas herejías que abusaban de la divina palabra, espulsado de su gremio á tantos corruptores del Evangelio, y espedido tantos cánones para determinar la inteligencia de ciertos textos. ¿Y esta práctica constante de la Iglesia puede ser considerada como un abuso? ¿Será un fanatismo esta confianza en la proteccion del Espíritu Santo? Si así fuese, habria que atribuir á todos los siglos del cristianismo la ilusion mas intolerable que pueda imaginarse y el error mas pernicioso que en tiempo alguno se haya llegado á introducir en la Iglesia. Porque efectivamente, para desencaminar de la verdadera senda á los fieles, ¿qué medio podria haber mas seguro que pretender servirles de guia sin saber por donde se ha de marchar? Medítese seriamente este razonamiento: una infalibilidad supuesta y nunca real

seria el manantial de todos los estravíos en materias de fé: en eso no cabe la menor duda; es así que hace ya mas de mil ochocientos años que la Iglesia se habria estado atribuyendo sin motivo el privilegio de la infalibilidad; luego desde hace mas de mil ochocientos años marcha por el camino de todos los errores. ¿Habrá alguno que ose sostener una consecuencia tan extraordinaria?

Añadamos, para concluir, que hasta los mismos herejes tan opuestos á la autoridad infalible de la Iglesia se adhieren á este principio, cuando se trata de apaciguar sus divisiones dogmáticas, como lo demuestran los sínodos de Delft y de Dordrecht. En el primero se declaró que cuando los pastores se reúnen para fallar en materias de fé, segun la palabra de Dios, es preciso creer que Jesucristo se halla en aquella reunion, y que derrama sobre ella las luces de su Espíritu Santo á fin de que nada pueda definirse que esté en contradiccion con la verdad. En el segundo de los dos sínodos se juzgó que los arminianos estaban obligados en conciencia á someterse á las decisiones del sínodo, y negándose estos á sujetarse á esta decision fueron separados de la comunión de los fieles. Esto es lo que dió lugar á que se dijera que los calvinistas restablecian entre ellos la vía de la autoridad, despues de haber querido privar de ella á los católicos. Semejantes procedimientos son, en verdad, injustos, pues atribuyen á una secta rebelde derechos que no pertenecen mas que á la verdadera Iglesia de Jesucristo; pero procedimientos que al fin y al cabo demuestran cuánta sensatez hubo en el concilio de Sens, y generalmente en todos nuestros antepasados del siglo XVI, cuando manifestaron su firme convencimiento de que solo la Iglesia es el intérprete infalible de las Escrituras (a).

(a) Acerca de las versiones de la Biblia en lengua vulgar y de las versiones españolas, las cuales se hicieron ya en tiempo y por orden de los reyes Alonso X y Juan II de Castilla, y Alonso V de Aragon, y una valenciana por el hermano de San Vicente Ferrer, pueden verse las disertaciones del P. Scio que preceden á su version de la Santa Biblia. (N. del E.)

DISERTACION

SEGUN

EL CANONIGO RIZZARELLI,

sobre la cuestion de abusos en la Iglesia.

SEA por malignidad ó sea por ignorancia, ello es que en nuestros dias nada hay de que se hable tan mal como de los abusos que se supone dominan en la Iglesia. Esta acusacion es el arma que la incredulidad ha esgrimido continuamente contra la Religion, es el velo con que la herejía ha cubierto sus lazos; es, por último, el pretexto de que la indiferencia se ha servido constantemente para escusar la mal entendida libertad de su lenguaje. Aún resueñan en Europa los ecos de la trompeta de la reforma que ha inducido á tantos hombres débiles y engañados á vivir casi sin Religion, porque querian abandonar una Religion en la que se habian introducido ó podian introducirse abusos.

Definamos ante todo la palabra *abuso*; abuso significa un uso desarreglado del poder. Hay abuso siempre que se usa mal de una autoridad legítima, cuando se sirve uno de ella para encubrir sus pasiones, para usurpar derechos agenos, ó para otra cualquiera accion ilícita. Algunos entienden tambien por la palabra *abuso* toda especie de desórdenes, y aunque esta significacion no es absolutamente exacta, no puede sin embargo decirse que sea del todo agena de la verdad, pues la mayor parte de

los desórdenes son de la misma naturaleza que los abusos. En la presente disertacion nos limitaremos al exámen de lo que debemos pensar de los abusos que existen en la Iglesia.

Mas ya os oigo preguntarme al instante: ¿Hay efectivamente abusos en la Iglesia? Pero á esta pregunta no os contestaré, pues no nos seria dado llegar á descubrir tranquilamente la verdad; porque si yo dijera que no los hay, no faltaria quien se indignase contra mí, y me calificara de mentiroso; si respondiera que hay abusos, pero no tantos como se suponen, tampoco faltaria quien no se diese por satisfecho de mi sinceridad. Seria, pues, necesario que yo dijera que hay abusos sin número y sin medida, y que ellos desfiguran estremadamente la hermosura y la pureza de la Iglesia. Mas aunque el amor de la verdad me impide satisfacer de este modo á los que desearan esa respuesta, puedo sin embargo y quiero concederles aun mas que lo que acaso esperaban de mí. No hablo de los abusos que existen hoy dia en la Iglesia, ni trato de examinar su calidad ni su número; pero digo y sostengo que deben existir abusos en la Iglesia, cuándo mas, cuándo menos, y solo despues de probada esta proposicion, me reservaré el derecho de esta-

blecer otra, y de deducir consecuencias evidentemente legítimas y verdaderas.

Nótese bien que he dicho abusos en la Iglesia y no abusos de la Iglesia; pues el cuerpo entero de la Iglesia jamás se ha manchado con abusos, jamás los ha aprobado ni consentido. No podía la Iglesia hacerlo sin que Jesucristo faltase á la palabra de permanecer en ella hasta la consumacion de los siglos. *Ecclesia Dei*, dice San Agustín (ep. 55 ad Jan.), *inter multam paleam multa que zizania constituta, multo tolerat; et tamen quae sunt contra fidem vel bonam vitam non approbat, nec tacet, nec facit*. He dicho, pues, abusos en la Iglesia, esto es, en los miembros que componen la Iglesia, que como hombres pueden dejarse corromper por las pasiones y vivir de una manera indigna de la santidad de su profesion. En este sentido declaro que siempre ha habido y siempre habrá, sin esceptuar las personas eclesiásticas, mayor ó menor número de esos desórdenes que no es posible mirar sin horror entre cristianos.

Por santa que sea la profesion de estos, y particularmente de los eclesiásticos, no por eso dejan de ser hombres, es decir, infortunados hijos de aquel Adán que pecó en el Paraíso, que llevan en sí mismos la pena de aquel pecado, y sufren por lo tanto los efectos de la funesta concupiscencia que con él nació. Ciertamente que sus almas han sido purificadas con el agua del bautismo; cierto es que encuentran en los sacramentos el remedio contra su debilidad, y que en los socorros de la gracia pueden hallar un escudo contra los más rudos combates; pero á pesar de todo eso, son hombres, volvemos á repetir: son hombres, y como tales apetecen lo que se presenta á su vista bajo la apariencia de bien, y huyen de todo aquello que les inspira algún temor de mal. Si, son hombres, y como tales están sujetos á todas las miserias que son el patrimonio de la humanidad. Como cristianos, favorecidos con tantos dones sobrenaturales, saben algunas veces en medio del furor de las más deshechas tempestades, adherirse valerosa y constantemente al bien; pero como hombres, combatidos por tantos enemigos, no siempre tienen valor para apartar lo que les conduce al mal. Así es que en ellos triunfa unas veces la gracia, otras la concupiscencia; porque Dios al hacernos cris-

tianos nos dió la primera, pero no nos quitó la segunda, dejándonos siempre la libertad natural de indiferencia.

¿Qué es, pues, de admirar que entre los cristianos y entre los eclesiásticos haya abusos? ¿Quién podría decir que no los hay? Vosotros me direis: son cristianos, son eclesiásticos. Sí, pero no han dejado de ser hombres, y esto basta, pues no trato de indagar ni el número ni la calidad de sus faltas; pero estoy muy seguro de que entre los individuos habrá desórdenes.

Aún diré más: la profesion de cristiano y particularmente la de eclesiástico, es una profesion austera, que despoja al hombre de sí mismo, que enciende una lucha irreconciliable entre la razón y la concupiscencia que en él existen; es una profesion que exige las más altas virtudes y excluye los menores defectos. Es, pues, difícil conseguir el objeto: el combate es violento, y se corre gran riesgo de verse vencido. Ciertamente es también que el Divino fundador del cristianismo nos dió juntamente con la ley la gracia, y que lo que á la debilidad del hombre sería inasequible, es posible alcanzarlo al cristiano mediante la gracia de Dios. Efectivamente, una de las pruebas más evidentes de la divinidad del cristianismo, es que su ley sea observada por tan gran número de hombres, lo cual no sería posible sin el auxilio divino. Mas también es preciso tener presente que en el cristianismo no hay medio; el que observa exactamente sus preceptos se hace bien pronto virtuoso; y por el contrario, el que infringe uno de ellos se hace culpable de la violacion de toda la ley, y si no se corrige prontamente puede decirse con seguridad que dentro de poco será un rebelde. Dos razones hay para que así suceda.

La primera es, que un cristiano que ha aprendido el catecismo y no ignora las penas impuestas á los impúdicos ó á los asesinos, si llega al triste estado de no hacer caso de su crimen, no está lejos de formar en su interior este insensato raciocinio: ó me he de condenar, y en ese caso será lo mismo que tenga uno que mil crímenes, ó me he de convertir, y en ese caso la misericordia divina me perdonará mil pecados lo mismo que uno. La segunda razon es, que un cristiano cuanto más se entrega al vicio más se aleja de la sublimidad de su profesion, y se hace por lo tanto

indigno de las gracias por las que únicamente puede volver á entrar en el buen camino. Así es muy fácil que se abandone á la desesperacion, como un ginete que cabalgando en un caballo desbocado que corre hacia el precipicio cree no poder evitarlo de modo alguno. Esta circunstancia constituye una diferencia muy notable entre los verdaderos cristianos y los supuestos filósofos. Jactanse estos últimos de honradez, de humanidad, de continencia, y vociferan que aventajan en estas virtudes á muchos cristianos. No estaría de más examinar si esto es cierto; pero aun suponiendo que lo sea, nada tiene de particular, pues además de que los filósofos son poco numerosos, en tanto que los cristianos están esparcidos por toda la tierra, es preciso observar que la profesion de filósofo es enteramente exterior, que no se sabe lo que piensan ni lo que hacen en su gabinete, y que no es difícil comprimir algunas pasiones cuando se satisfacen otras.

Por el contrario, un cristiano que sin cesar tiene que estar combatiendo á todas las pasiones, así en público como en secreto, no puede resistir por mucho tiempo á estos terribles asaltos sin el socorro de la divina gracia que se presenta á todos, pero que no destruye toda la fuerza de las pasiones y deja la libertad. Se me dice que Lutero era cristiano y fraile, y que llegó á ser un apóstata, un libertino; mas ¿qué hay de particular en todo esto? Lutero por de pronto se dejó dominar de los celos y la ambicion, pasiones reprobadas altamente por el cristianismo, y que por consiguiente no podía satisfacer en él; era pues muy natural que abandonase su primitiva profesion, y que por medio del ejemplo de un sacrilego concubinato tratase de adquirir prosélitos para su secta y fautores de su ambicion. Pero Lutero cuando era apóstata y libertino, no tenia ya de cristiano más que el nombre.

Si todos los cristianos se hallan en grave peligro de sucumbir á causa de la sublimidad de su profesion, ¿no será el riesgo mucho mayor para los eclesiásticos que profesan eminentemente la perfeccion del Evangelio? Es verdad que también cuentan con más auxilios que los demás; pero también es esa la razon de ser muchos los que no caen. Pero la ruina de los que tienen esa desgracia es tanto más irreparable, cuanto más alta es la emi-

nencia de donde han caído; y es tanto más difícil que se corrijan, cuanto mayor sea el daño que tengan que reparar. Esta es la razon porque San Crisóstomo decia: *Contingit principes quidem malos esse, et sceleribus coinquinatos, subditos autem mansuetos et modestos: et laicos religiose vivere, sacerdotes vero impie...* *Haec dico, ne quis praesentium sacerdotum vitam pensiculando circa religionis nostrae doctrinam scandalizetur* (In ep. ad Cor. I, c. 3, hom. 8). El mismo Santo decia (In Math. 21, 12) que la corrupcion de la Iglesia generalmente procedia de los malos sacerdotes. San Bernardo encontraba en sus monjes, desde el origen de su orden, egoismo, impaciencia, terquedad é insubordinacion, y dice que algunos de ellos se amaban á sí mismos y no á Dios, procurando solo su interés personal y no la gloria del Señor (In Cant. serm. 46, n. 6, et serm. 84, n. 4). Censuraba á varios que ya habían intentado relajar la disciplina de la orden, disminuir el fervor, turbar la paz y alterar la caridad. (In Ded. Ec. serm. 3, n. 3). *Et si haec in viridi, in arido quid fiet?*

Apenas puedo concebir la sencillez de algunas personas, que llenas de asombro suelen decir: Fulano es un sacerdote avaro, Futano es un fraile libertino. Así será efectivamente, y aunque me citárais otros cien como ellos no me causaria la menor admiracion. Si solo con entrar en un claustro ó vestirse la sotana pudiese uno librarse de semejantes excesos, ¿quién seria el que no abrazase gustosísimo ese estado? Pero permítanme los que esto cuentan que á mi vez yo les pregunte al oído: ¿creéis de buena fe todos esos desórdenes que se imputan á los cristianos y particularmente á los sacerdotes? Por mi parte no tengo la debilidad de creerlos tan ciegamente. No tengo la menor duda que habrá más ó menos desórdenes en la Iglesia, pero tampoco dejo de estar firmemente persuadido que la calumnia hace cuanto está de su parte por abultarlos. Hay hombres que tienen interés en aumentarlos, y que por desgracia no suelen hallar en el mundo obstáculo alguno á sus mentiras. Hay una clase de libertinos que se llaman filósofos, y que solo tienen odio contra los cristianos. Leed sus libros y vereis cómo rebosa su bilis en sus injurias contra el cristianismo, y cómo toda su filosofía no consiste más que en ser

anti-cristianos. Ellos gozan extraordinariamente cuando acaece la funesta caída de alguno de sus adversarios; y como los eclesiásticos son los que mas decididamente sostienen el cristianismo, y los que con mas energía se oponen á la incredulidad, fácil es concebir cuán grato placer causará á estos libertinos la caída de un eclesiástico. Hay herejes que han pertenecido al gremio de la Iglesia, pero que tambien han salido de ella como sediciosos. Es verdad que la novedad de su doctrina será siempre un perenne testimonio contra ellos; pero ¿no pretenderian escusar su rebeldia alegando los abusos que suponen haber en la Iglesia de que se han separado? ¿No está en su interés el dar á entender que hay en los católicos y particularmente en el clero desórdenes tan considerables que puedan decir haber tenido razon en separarse de una compañía tan mala? Hay tambien malos católicos que solo tienen una fé muerta y sin obras: á estos no les gusta que se les hable de las verdades eternas que les recuerdan sus crímenes y el castigo que en la otra vida les espera; y sabido es que quien les anuncia mas particularmente esas verdades son los frailes. Pero si los curas y los frailes predicasen una cosa ó hiciesen otra, si hubiese en ellos tanta avaricia, tanta incontinencia y tanta intemperancia, ¿no podrían aquellos malos cristianos sospechar que los curas y los frailes no creían lo que predicaban? ¿no podrían hasta llegar á servirse de su ejemplo para hacer la apología de su propia conducta? Esa supuesta falta, esa aparente disculpa, ¿no debe ser para ellos tan interesante casi como su propia reputación? Luego hay tres clases de personas que por su condicion deben andar muy solícitas en mostrar y exagerar los desórdenes que hay entre los católicos y particularmente entre los eclesiásticos; y sin vacilar digo que aumentarán cuanto les sea posible el número, circunstancias, peso y calidad de esos desórdenes, porque están altamente interesados en calumniar á la Iglesia, y esto lo pueden hacer comunmente sin que nada se les oponga. Los verdaderos desórdenes que hayan existido ó existian en la Iglesia darán algun viso de apariéncia á sus exageraciones, y por otra parte no hay que esperar se contenga su maldiciente lengua con el freno y honradez de la verdadera Religion que ni conocen ni siguen.

Ellos calumniarán, pues, con toda libertad á los católicos: sí, los calumniarán sin que haya freno, sin que haya obstáculo que los detenga. ¿Cómo es posible que hombres que no tienen religion alguna ó que se arrepienten de haberla tenido, que están unidos entre sí por los lazos de la impiedad y del libertinage, y que forman una gran parte del género humano, se abstengan de desacreditar, siempre que puedan, á sus enemigos á quienes han jurado un odio irreconciliable? Ahora bien: esas tres clases de personas son las que por lo regular publican los desórdenes de los eclesiásticos: luego en esos desórdenes debe haber mucha parte de exageración. ¿Se quiere ver esto con toda claridad? Pues bien; toda la Europa se compone de incrédulos, de herejes, de malos católicos y de buenos católicos. Estos últimos, como amantes de la Iglesia, se esfuerzan en ocultar los defectos de los eclesiásticos, con tanto mas motivo, cuanto que la caridad, que ellos profesan exactamente, les manda guardar silencio sobre los defectos del prójimo y en especial de los que por la sublimidad del ministerio que ejercen pueden con su mala conducta producir mas escándalo entre sus hermanos. Así es que los buenos católicos, ó no publicarán los desórdenes de los sacerdotes, ó no lo harán sino en el caso de exigirlo la sinceridad de la historia, y aun en ese caso con precaucion y probidad. Luego ordinariamente deben ser los incrédulos, los herejes y los malos católicos los que dan publicidad á los desórdenes del clero, y como están interesados en exagerarlos, y por otra parte es moralmente imposible se abstengan de hacerlo, no cabe la menor duda en que, generalmente hablando, reinará la exageración en cuanto digan sobre ellos.

He probado mis dos proposiciones: la primera, que necesariamente debe de haber abusos en la Iglesia; la segunda, que ordinariamente la narración de estos debe de ser exagerada. No considerando algunos mas que la primera de estas dos proposiciones, sacan falsas consecuencias y caen en el error: respecto de la segunda, hay pocas personas que se ocupen de ella y menos que sepan hacer de la misma el uso conveniente. Hé aquí las falsas consecuencias que se deducen de los abusos que se encuentran en la Iglesia y en el clero; prime-

ra, que el poder eclesiástico, sobre todo en muchos artículos de disciplina, es un abuso; segunda, que la Iglesia actual no es ya la verdadera Iglesia fundada por Jesucristo; tercera, que es preciso empuñar el hacha y cortar de una vez el sugeto de todos esos abusos.

Supongamos por un momento que el derecho de inmunidad eclesiástica parezca lastimar alguna vez á los derechos del príncipe, al momento levantan todos los letrados las manos al cielo exclamando: «¡Véase qué usurpación! ¿Es posible que el Legislador Supremo haya concedido á la Iglesia un privilegio tan desarreglado?» Pero vamos á cuentas y tened un poco de paciencia: permitidme suponga que alguna vez las decisiones que dais en los tribunales, lastimen la recta justicia, ¿seria tambien muy natural, que á ejemplo vuestro, levantase yo mis manos al cielo gritando: «¡Qué usurpación! ¿Puede el Supremo Legislador haber concedido al príncipe un poder tan tiránico?» Mas un buen lógico, al oír tales exclamaciones no podrá menos de decir: «Los abusos vienen de los hombres, y la autoridad emana de Dios: de manera, que no es por los abusos por lo que se debe acreditar la existencia legitima de un privilegio ó de una autoridad, sino tratando de buscar la autoridad y el privilegio en su origen y en sus fundamentos. Examínese detenidamente la necesidad, la utilidad, la existencia real del privilegio, y entonces se podrán seguramente descubrir los derechos del uno y del otro. Pero recusar un derecho únicamente por los abusos que de él se hacen, es lo mismo que rechazar todo derecho divino y humano. Gerson, cuyas opiniones no disgustan del todo á ciertos pensadores modernos, deploraba ese vicioso modo de raciocinar de algunos que fingian mucho celo. (T. 1, op. de cons. theol. l. 3, pros. 2). *Quid, quaeso, judaeos magis excaecavit, quam zelus legis antiquae, quam putabant Christum subvertere velle? de quibus Apostolus (Rom. 10, 2): Testimonium perhibeo eis, quod zelum habent, sed non secundum scientiam. Proinde multos invenimus ex haereticis, etiam hac tempestate quos fefellit talis zelus tollendi scandala a domo Dei per hanc aut illam praedicationis iram. Hinc haereses contra primatum romanae Ecclesiae, quod sine ea stat salus: contra dotationes universalis Ec-*

clesiae, quod sunt ut venenum effusum super eam, omnisque simoniae officina: contra praelatorum statum splendidum et amplam familiam, quod a saecularibus eripi possunt eis omnia: contra religiosorum observantiam, quod adversantur libertati legis Christi, et aestimant quaestum pietatem.... et ita de plurimis. Dum enim displicuerunt mores, suborti sunt errores: damnatus est praeterea status quando displicens in eo cernebatur abusus, exemplo medici stulti destruentis subjectum, dum conatur expellere morbum.

Los herejes raciocinan mucho mas mal. Hay, dicen ellos, abusos en la Iglesia; luego la Iglesia actual no es la fundada por Jesucristo. Si este modo de raciocinar fuese exacto, probaria que la verdadera Iglesia nunca ha existido; pues si se recorre la *Historia general de la Iglesia*, se verá que en todos tiempos ha habido desórdenes, abusos y escándalos. Cuando la Iglesia no poseia riquezas, San Pablo nos dice habia codiciosos que para enriquecerse enseñaban una doctrina vana. Cuando la Iglesia tuvo bienes raices, pero á disposicion del príncipe, habia legos aduladores y simoniacos que le hacian la corte para obtener una mitra; cuando la Iglesia tuvo bienes raices, y á disposicion de los eclesiásticos, hubo hipócritas y ambiciosos que consumian en lujo el patrimonio de los pobres. ¿Qué poco razonables sois! Si en un colegio de setenta cardenales hay algunos que por interés ó temor vendan la causa de la Iglesia, al momento exclamais: «¿Cómo es posible que la Iglesia romana sea la verdadera?» Pero vosotros que os jactais de saber y comprender el Evangelio, ¿no habeis leído en este libro de verdad que, de los doce discípulos que iban con Jesucristo, uno le entregó por algunas monedas á sus perseguidores, y otro le negó tres veces seguidas, que otro no quiso creer en su resurrección, y que de ninguno de ellos escepto San Juan se sabe tuviesen valor para asistir á la agonía y muerte de su maestro? Poco despues de la muerte de Jesucristo, Nicolás, Diotrefe, Dositefo, Cerinto y Ebion, se propusieron desgarrar el mismo seno de la Iglesia que los habia nutrido. Tertuliano (*de cultu fem.*), San Cipriano (*de Laps.*), San Gerónimo (*in epist.*), ¿no reprenden á los católicos y al clero por los mismos vicios de libertinaje, de codicia y de lujo que vosotros repro-